

COHEN, Esther, *Con el diablo en el cuerpo. Filósofos y brujas en el Renacimiento*. México, Taurus / UNAM, 2003.

La bruja y el sodomita

Encuentro en la trayectoria intelectual de Esther Cohen dos áreas de interés importantes: una primera estaría conformada por ensayos en donde aborda temas renacentistas, como la cábala, vista sobre todo como técnica interpretativa, lo que la llevó a vincularla con teorías lingüísticas y literarias contemporáneas como el desconstruccionismo de Derrida. Además de la cábala y el hermetismo, están también la magia y las brujas, como ocurre en su último libro *Con el diablo en el cuerpo* (2003). Hay otra área más directamente ética y política de la reflexión de Cohen, vinculada a los asuntos de la alteridad y de la memoria, a la reflexión sobre el mal y el Holocausto. Este componente también está presente en su último libro, si bien no en primer plano. Es decir, aquí coinciden tanto el conocimiento erudito sobre el Renacimiento como la perspectiva crítica de alteridad en el sujeto histórico de la bruja, aunque no exclusivamente. En palabras de la autora:

Es aquí donde se inscribe mi reflexión, en la búsqueda de indicios, de pautas de comportamiento, de rituales y de percepciones sociales de un grupo que hacen de *otros*, judío, bruja, gitano, negro, indio, etcétera, los chivos expiatorios de sociedades que necesitan ubicar en un objeto o en un individuo concreto las razones del mal, para así ver disminuidos sus temores y sus recelos más confusos e intrincados (47).

En este sentido, la bruja y su represión renacentista no aparecen como un tema lejano en el tiempo, interesante pero sin consecuencias actuales, sino más bien como un asunto vivo que tiene que ver con procesos seme-

jantes contemporáneos de marginación y exterminio, aunque con nuevos sujetos históricos, o algunos ya viejos aunque con nuevos nombres, en una suerte de macabra reencarnación. En sus palabras: “Los miedos no parecen tener límites temporales: son motores de la fantasía sujetos a una permanente transmigración”, miedos cuya materia, por otra parte, gira sobre todo en torno a la muerte y a la sexualidad. En esta perspectiva ética y política que lee la historia a contrapelo, que recupera la crónica de los derrotados, de las víctimas, que muestra la barbarie oculta que acompaña a todo documento de cultura, Esther Cohen sigue y enriquece a su querido Walter Benjamin, el pensador judeoalemán. Convencida de que la tarea de la memoria no es asunto del pasado sino del presente, practica una política activa de la memoria, que piensa y actúa en el presente para restituírle al pasado una justicia de antes no se dio. Lo suyo es ejercicio de memoria y escritura que busca hacer justicia a víctimas olvidadas por la historia oficial de la cultura.

Además de Benjamin, otro autor muy presente en el libro es Ioan Culianu, estudioso rumano de asuntos renacentistas, mágicos y herméticos, quien en su libro *Eros y magia en el Renacimiento* unificó la Reforma y la Contrarreforma en un mismo impulso represor antipagano y antirenacentista, dirigido no sólo contra los cuerpos de la bruja y del hereje, sino sobre todo contra los poderes de la imaginación, con hondas consecuencias en el devenir moderno de la cultura occidental, en términos de represión de lo imaginario y la posterior recuperación de esta dimensión en el siglo XIX con el romanticismo, por ejemplo con la literatura y el arte fantásticos. Culianu rompió la tradicional asociación entre Reforma y Renacimiento como formando parte del mismo equipo intelectual, y más bien alió a las diversas y opuestas iglesias cristianas (católica o protestantes) en un solo aunque diferenciado frente contra un movimiento renacentista de impronta mágica, neopagana, y, por tanto, diabólica a su entender.

En esta línea, Cohen ahonda en el carácter problemático del humanismo renacentista, y se ubica lejos de cierto conformismo histórico como el que manifiesta Huizinga en su famoso libro *El otoño de la Edad Media*, cuando, al comentar sobre la matanza de brujas, afirma que “ni el humanismo ni la Reforma pudieron evitar la catástrofe”. Cohen diría que no es que éstos no pudieron evitar la catástrofe, sino que más bien ambos fueron parte del mecanismo hacedor de catástrofe, en cierto sentido fueron la catástrofe misma.

La autora parte del carácter ambiguo de la magia renacentista, dividiéndala entre una magia popular vinculada con la brujería, de corte femenino,

y una magia culta que se presentaría como filosofía natural, de corte masculino, y encarnada en el mago/filósofo del tipo de Marsilio Ficino o, después, de Giordano Bruno. Cohen presenta a los magos cultos como cómplices de la represión de las brujas, como una forma de salvar su propio pellejo amenazado ensalzando su propia magia erudita y defenestrando a la brujería, magia popular carente de un discurso escrito u oral fundamentado y convincente, recurso que Bruno no utilizó y quizá por eso terminó en la hoguera. Hubo sus excepciones, como Cornelio Agrippa, mago que tendió su mano a nuestra hermana la bruja, y a quien Esther dedica un ensayo.

En una operación analógica, la autora amplía el estudio de la exclusión y represión de la bruja al caso del judío, otro grupo vulnerable en el Renacimiento. Sobre esto escribe:

Porque en el núcleo de la represión brutal del judío en los siglos XII a XIV, como en la persecución que lleva a la hoguera a miles de brujas en los siglos XV a XVII, no está solo el terror de las hambrunas o de la peste, o el temor a la religión alternativa, sino la seducción profunda de un mal que mucho tiene que ver con la atracción prohibida de una sexualidad que, pecaminosamente improductiva, se desborda (44).

Aquí debo decir que me parece un poco forzada esta relación entre la bruja y el judío sobre el criterio de una sexualidad improductiva. Entiendo esto en el caso de la bruja, teniendo sexo con el diablo por lujuria y poder, pero no me queda claro en el caso del judío. Bajo este criterio de sexualidad orgiástica e improductiva, hubiera sido mucho mejor vincular a la bruja con otro sujeto de la época, tan ubicuo y reprimido como la bruja misma. Me refiero al sodomita.

Me parece bien recuperar críticamente la destrucción de las brujas en el Renacimiento, pero sin olvidar que esta represión fue parte de un proceso mayor de intolerancia generalizada contra varios grupos y sujetos, además de la bruja y el judío, como fueron el musulmán, el hereje y el ya mencionado sodomita. En palabras del historiador John Boswell en *Cristianismo, tolerancia social y homosexualidad*,

[...] la mayor parte de los historiadores considera que los siglos XIII y XIV fueron siglos de menos tolerancia, espíritu de aventura, aceptación, que corresponden a un periodo en que las sociedades europeas parecen haberse inclinado a la restricción, a la contracción, a la protección, a la limitación y a la exclusión (Boswell, 1993: 290).

No hay consenso sobre las causas de este cambio hacia la represión en los tiempos inmediatamente anteriores al Renacimiento, aunque se mencionan la xenofobia por efecto de la Cruzadas, la búsqueda en ese periodo prerrenacentista tanto de la uniformidad institucional como intelectual en Europa, tendencia que desembocó en el fortalecimiento y la consolidación del poder civil y eclesiástico, así como de la máquina administrativa, también el agravamiento de las tensiones sociales relacionadas con el cambio de los modelos agrícola y económico; en fin, cualquiera que sea la causa o conjunto de causas el resultado fue una intensificación general de la intolerancia respecto a algunos grupos minoritarios. De nuevo Boswell puntualiza:

Las cruzadas contra los no cristianos y los herejes, la expulsión de los judíos de muchas regiones de Europa, el auge de la Inquisición y los esfuerzos para eliminar la hechicería y la brujería, todo ello da testimonio del incremento de la intolerancia para con lo que se apartaba de los patrones de la mayoría y que se instaló por primera vez con fuerza de ley en los Estados corporativos de reciente formación en la Alta Edad Media. Esta intolerancia se reflejaba y a la vez se perpetuaba en las compilaciones teológicas, morales y jurídicas de la Edad Media tardía, muchas de las cuales siguieron ejerciendo durante siglos su influencia en la sociedad europea (Boswell, 1993: 352-353).

Si seguimos el criterio de terror a una sexualidad improductiva como algo propio de la bruja, no hay que creerse demasiado la imagen de bruja de Blancanieves, vieja, fea, encorvada, de nariz ganchuda, que visita el aquelarre para tener sexo con el diablo o con quien se deje, en una lujuriosa comunidad de cuerpos inciertos en torno al fuego de Satán. Este sexo sin hijos y sólo por placer asustaba a los renacentistas (y sigue asustando a ciertos contemporáneos, aunque no modernos; pensemos en la doctrina oficial católica), y es un rasgo que hermana a la bruja y al sodomita.

Después de una época de relativa tolerancia, aunque sin aceptación social, el fin de la Edad Media incluyó a los hombres que tienen sexo con hombres en la lista de reprimibles, no sólo en la práctica sino también en la doctrina, cuando se alía el rechazo a la sodomía con el concepto de contranatura y, por lo tanto, con derecho a aniquilar al que no calza en el molde mayoritario entendido como el natural. El sodomita del Renacimiento había heredado su nombre de la ciudad aniquilada por el terrible Jehová siglos antes y, aunque similar en la preferencia sexual, no debe confundirse con el homosexual, que es una elaboración taxonómica

del siglo XIX, ni con el gay, producto de la segunda mitad del siglo XX, cuando se rechazan los nombres injuriosos recibidos por otros y se acuña uno nuevo elegido por los propios autonombrados.

Para la época, la palabra sodomía tenía varios matices, no exclusivamente relativos al sexo entre hombres, pues también podía aludir a la idolatría, al hereje y al musulmán. Entre los herejes, recordemos a los cátaros y los templarios, acusados ambos de practicar la sodomía. Según ciertas interpretaciones etimológicas, cátaro no deriva de raíces grecolatinas que significan pureza y limpieza, sino de cat o “gato”, puesto que sus enemigos los acusaban de besar el trasero de un gato durante sus ceremonias religiosas de tipo orgiástico, que incluía las relaciones homosexuales. En tanto dualistas neomaniqueos, los cátaros despreciaban este mundo creado por el malvado demiurgo y toda acción que lo robusteciera, entre estas la sexualidad reproductiva, por lo que el inevitable sexo se abrió a la llamada sodomía, que dicho sea, no significa necesariamente sexo entre hombres, sino sexo anal, que puede ser también heterosexual.

En cuanto a los templarios, la cofradía masculina que combatió al musulmán, pareciera que mimetizaron al enemigo en el ámbito sexual, pues el musulmán se había asociado en el imaginario popular con la sodomía. Desde la primera cruzada, se multiplicaron los relatos acerca de las costumbres sexuales musulmanas (para entonces relativamente más permisivas que las europeas), centrados en una conducta atípica y repulsiva para los cristianos. Un narrador de las cruzadas, tras describir con horror prudente los desmanes de los musulmanes contra las mujeres, ya vírgenes, ya matronas, pasa al nefando pecado de los hijos de Mahoma:

¿Y luego? Pasemos a lo peor. Degradaron, sodomizándolos, a hombres de todas las edades y condiciones: niños, adolescentes, jóvenes, viejos, nobles, sirvientes y, que es lo peor y lo más malvado, clérigos y monjes, e incluso —algo de lo que, ¡ay, qué vergüenza!, no se había no oído hablar desde el comienzo de los tiempos— ¡obispos! Ya han matado a un obispo con este nefando pecado (cit. por Boswell, 1993: 300).

Leemos, entre los ciento veintisiete cargos contra los templarios:

—Que rendían culto a cierto gato, blasfemando de Cristo y de la verdadera fe.

—Que candidato y receptor se besaban durante la ceremonia de recepción, bien fuese en la boca, en el ombligo, en el vientre desnudo, en las nalgas, en la base de la columna vertebral o en el miembro.

—Que se les invitaba a mantener relaciones sodomíticas como cosa lícita y que debían aceptar las insinuaciones de los otros ordenados (Wasserman, 2002: 301).

A Jacques de Molay, el supremo jerarca de la orden, se le acusó de sodomita, entre varios cargos, y fue condenado a la hoguera. Notemos lo común de las acusaciones contra el hereje: diabolismo, idolatría, sodomía. Como la bruja, el sodomita besa el trasero del diablo, igual que el templario besa el trasero de su iniciador, el cátaro besa el del gato y el judío el de la marrana, en una estrecha asociación entre ano y diablo, ya sea por tratarse del trasero del diablo mismo o el de algunas de sus bestias preferidas, como el gato y el cerdo.

Después de todo, ¿no había Cristo destruido una piara de cerdos haciendo que los animales se ahogaran, tras meter en ellos los demonios que antes habitaran en humanos? ¿No habla esto sobre el valor habitacional del cerdo para los demonios? El ano es la verdadera “parte maldita”, para usar la expresión de Bataille, del cuerpo en nuestra cultura y no los órganos sexuales. Es el lugar de la basura, del excremento. Volverlo una zona de recepción y no de salida es transgredir la dirección natural, es hacerse cómplice del diablo. De aquí el rotundo rechazo de la sodomía, en tanto sexo anal, sin importar si sus ejecutantes son del mismo sexo o de sexos diferentes.

A diferencia del judío y del musulmán, identificables social y culturalmente, el sodomita, igual que la bruja, es ubicuo, puede darse en cualquier medio, no se adscribe a un grupo en particular. Puede surgir en el clérigo, en el guerrero, en el campesino, ¡hasta en el rey! (Eduardo II de Inglaterra o Enrique III de Francia). La bruja también tiene cierto grado de ubicuidad, no sólo se restringe a la vieja fea y pobre, puede igualmente surgir en la doncella, en la sirvienta, en cualquier mujer, sobre todo en los momentos más desalmados de las cacerías antibrujiles. Así pues el sodomita tiene algo de hereje, algo de musulmán, algo de judío, algo de bruja, por lo que le sobran atributos para ir al castigo. La falta de marcas específicas que Cohen detecta en la bruja se aplica al sodomita, por lo que “su peligrosidad radica precisamente en esta falta, en este borramiento de confines corporales y espaciales”. En ambos, todo signo es motivo de incertidumbre.

Dicho lo anterior, y dado el principio de terror a la sexualidad improductiva señalado por Cohen como factor de represión, me hubiera parecido más pertinente en su argumento intelectual ligar a la bruja con el sodomita más que con el judío. Por cierto, el rasgo de asesino de niños

atribuido al judío y a la bruja también alcanzará al sodomita por medio de la figura del mariscal Gilles de Rais, aristócrata multiasesino mágico-sexual de niños y adolescentes que termina en la hoguera, y que ha sido objeto de interés y de creación para autores tan variados como Bataille y Vargas Llosa, Huysmans y Michel Tournier.

El exterminio de la bruja no fue algo solitario, fue parte de un proceso más amplio de exclusión y represión, en una coyuntura histórica particularmente tenebrosa que, al menor descuido, puede darse aquí y allá con nuevos chivos expiatorios. De hecho, judíos y homosexuales volvieron a coincidir en el siglo XX en los campos de concentración, sólo que en vez de hogueras esta vez se usaron para su exterminio hornos de cremación. Ahí estuvieron también víctimas longevas de la intolerancia, como los gitanos, y otras más recientes como los Testigos de Jehová. La vigilancia nunca cesa, al menor descuido el león del exterminio ataca en un nuevo coliseo cuyo mácabro espectáculo observamos por las pantallas de la televisión. Ayer brujas, musulmanes, judíos y sodomitas... hoy, comunistas y, otra vez, musulmanes y sodomitas. La rueda de la represión pareciera tener sus preferidos.

Obras citadas

- BOSWELL, John. 1993. *Cristianismo, tolerancia social y homosexualidad*. Barcelona: Muchnik Editores.
- COHEN, Esther. 2003. *Con el diablo en el cuerpo. Filósofos y brujas en el Renacimiento*. México: Taurus / UNAM.
- HUIZINGA, Johan. 1981. *El otoño de la Edad Media*. Madrid: Alianza Editorial.
- WASSERMAN, James. 2002. *Templarios y asesinos. La caballería espiritual*. Barcelona: Ediciones Martínez Roca.

José Ricardo CHAVES